

¿FIEBRE?

Fiebre trata de erigir un monumento de celuloide a los acontecimientos fundacionales de la generación del 28. Ellos representaron la Venezuela ingenua, estudiosa y vital. Desde los pacíficos claustros coloniales sintieron simultáneamente la opresión del tirano y los halagos de la sociedad gomecista. Ellos representaron la Venezuela insurgente, cierto que sin coherencia política, pero también es cierto que no hubo en ellos miras interesadas y caudillistas sino el más puro ideal. Ellos representaron finalmente la patria mártir y solidaria en los presidios gomereros. De allí saldrían hombres, para la inmortalidad o para la vida ciudadana.

Este monumento lo levantan un grupo de jóvenes cineastas. Pero habría que decir que ellos no son sino los artífices materiales. La perspectiva, los elementos, la traza entera es la versión 1976 del monumento que los propios actores de los hechos vienen levantando a través de muchas décadas de poder para honrar su cuna y de paso legitimar su ciclo histórico que se niega a perder vigencia.

Creo que la casi totalidad del país estará de acuerdo con el carácter ejemplarmente ciudadano de los hechos del 28, con su condición de embrión histórico y con su fragilidad ideológica y política confesada de buena gana por los protagonistas. No se trata de regatear méritos sino de reconocerlos gustosamente.

Sin embargo hay que confesar que una manera de traicionarlos es entronizarlos en un olimpo imperturbable más allá del alcance de las pisadas de los que venimos después que somos simples mortales. Y hay que decir que las sucesivas versiones de estos hechos son cada vez más hieráticas. Insensiblemente los jóvenes del mito se transformaron en los fogosos líderes políticos que

P. M. T.



anidaban en los jóvenes, y luego en los maduros y memoriosos mandatarios que en los cuerpos de esos jóvenes de antaño rumiaban nostalgias, y ahora acabando el ciclo los jóvenes del mito no son ya sino los próceres de la patria nueva que en aquellos jóvenes fundacionales posaban para el yeso y para el bronce figuras de inmortalidad.

En esta película no queda ya nada de vida. Los cuerpos, en una exquisita labor de taxidermista, han sido cuidadosamente vaciados de su grosera materialidad. Las momias han sido revestidas con sus trajes originales y en un espectáculo al estilo de luz y sonido aparecen ante nuestros ojos reverentes formando un desfile completo de artísticos fotogramas del 28. La moda retró.

La cuidadosa preocupación por la fidelidad material de cada detalle y la perspectiva reverente, descomprometida y retórica —a lo discurso patriótico en acto cultural— matan en la película toda posibilidad de dramatismo o de relectura crítica, sin conseguir de ningún modo el tono de la epopeya.

Creemos por eso que el fallo de la película tiene raíz ética: La renuncia de estos jóvenes cineastas a decir su propia palabra sobre los hechos, a dar su versión se traduce en impotencia creativa, en mimetismo senil —no en balde han pasado cincuenta años. Es un flaco servicio el que se presta a la generación del 28.

Algunos pensarán que es lo que se merecen, que ellos lo han cultivado. Nosotros pensamos que no. Que ellos merecen unos jóvenes libres, como ellos fueron, que se confronten dialécticamente con ellos. El mito del 28 merece encarnar en jóvenes del 76. Es la única fidelidad posible.

